

EL HAIKU DE *LO SAGRADO*

María P. Gutiérrez Díaz

Según Vicente Haya¹, el haiku es una impresión, un asombro. Un temblor, en palabras de Jorge Rodríguez Padrón. Un estremecimiento, me gusta decir, que somos capaces de reproducir en diecisiete sílabas, en tres versos de cinco, siete y cinco sílabas, aunque no es este aspecto formal el más importante, ya que se escriben en Japón poemas con esta misma estructura que no son haiku y poseen su propia denominación (p. e. el *senryû*, un poema satírico).

Para que podamos hablar de haiku, se hace necesario comprender que la cultura japonesa guarda del Sintoísmo una concepción armónica del mundo, asimilada más tarde por el Budismo, basada en la idea de que todas las cosas, todos los elementos, el aire, la gota de agua, la hoja de un árbol, una hormiga o las personas, pertenecen al mismo universo, en una relación de calidad idéntica, unos dan sentido a los otros y unos sin otros no son; una idea sagrada de la vida que convierte a cada momento en único. Las relaciones de estos elementos entre sí ofrecen infinitos asombros a la sensibilidad del poeta, estremecimientos únicos que registra en forma de haiku. Estos asombros —conciencia de esa emoción vital y poética irrepetible— dotan al género de su naturaleza *sagrada*.

¹ Vicente Haya. *El corazón del haiku (la expresión de lo sagrado)*. Madrid: Mandala, 2002.

Bashô, el padre del haiku, lo definió como «lo que ocurre aquí ahora». Lo que sucede ante los ojos del poeta, un instante único que plasma en tres versos porque le ha producido un estremecimiento. Por lo tanto, para que se produzca es imprescindible estar presentes, ser testigos de verdad, con apertura anímica e intelectual y escribirlo sin filtraciones ni interpretaciones.

El haiku es, pues, la descripción de un momento, una escena, un instante que nos movió dentro, la plasmación exacta de un hecho, no del estremecimiento, ni de la emoción que nos provocó, sino del hecho mismo. No es tampoco la expresión del sentimiento que suscita, ya que el poeta no está presente si no es como un elemento más del conjunto. El haiku se escribe, sin recurrir a afeite estilístico alguno.

Campo inundado para el arroz
una pequeña serpiente cruza
a la luz de la tarde²

El *haijin*³ registra en el haiku una escena del mundo directamente, percibida a través de los sentidos, un instante visto, oído, olido, palpado, saboreado, sin utilizar ningún recurso poético, enclavándolo en un tiempo concreto: del día, del año... —aspecto importante este, pero no imprescindible para que se produzca un haiku—. Da fe de un hecho que le ha emocionado.

En los últimos años ha proliferado la producción de haiku. Todos escribimos haiku —hasta los locutores de los programas de la telerrosa en España—, y se han multiplicado los *haijines*, las publicaciones sobre el género, las páginas, los blogs, los sitios en la nube, pero, como hemos visto, un porcentaje muy elevado del haiku escrito en Occidente no es haiku de *lo sagrado*. No lo es, por más que las diecisiete sílabas se distribuyan como exige el género.

² Ôemaru, versión inglesa consultada (Haya. *Op. cit.*).

³ Poeta de haiku.

Sin más coincidencias, el mal llamado haiku, que (mal)escribimos, habla de sentimientos y emociones. El haiku del que presumimos —que puede doler de hermosura— es una representación imaginaria, y estamos tan presentes, en él está tan presente el poeta, que se opone con contundencia a lo que los nipones conciben y escriben como tal. Nuestro haiku se viste de los recursos de nuestra poesía tradicional y es más expresión del alma humana, servidumbre a la que aspiramos escribiendo, que de la naturaleza sagrada del mundo⁴: su verdadera esencia.

Las primeras fuentes, traducciones de traducciones, versiones interesadas, manipuladas y encajadas con calzador, nos han llevado a este error grave, literaria y poéticamente hablando. Basándonos en modelos falsos nos hemos pasado más de cien años escribiendo hermosos pequeños poemas, grandes poemas minúsculos, que nos han estremecido, que nos estremecen, que nos encantan, enamoran, nos flipan, pero que no son haiku.

No digo que dejemos de escribir haiku, no. Se trata de una invitación a llamar a las cosas por su nombre. Te propongo que lo hagas, amigo, amiga, porque si escribes, si escribiste un maravilloso libro de pequeños poemas de cinco, siete y cinco, sílaba más o menos, en los que hablas de tus sentimientos, de amor, con rima, con metáforas y el oxímoron más hermoso que pudiste crear, habrás escrito magníficos versos, poemas de calidad en un excelente libro, pero no habrás escrito haiku.

Si tu poesía responde a estas características —tan legítimas—, no escribes haiku, no la nombres haiku, no lo hagas, porque la desmerecerás. Rebajarás tu palabra a lo que no es, siendo tan bella.

⁴Vicente Haya ha profundizado, como ningún otro crítico en lengua española, en el *corazón del haiku* (título de una de sus obras, editada por Alquitara), sirviéndose de las fuentes, recursos y traductores japoneses, y a cuya producción podemos recurrir: más de 25 publicaciones sobre haiku.

La escritura de haiku, además de conectarnos a la realidad y al presente, nos dota de herramientas como la elipsis, la sencillez, la sobriedad, la contención... tan útiles para enfrentarnos a nuestra propia escritura con una mayor conciencia y disciplina poéticas.

El haiku no se crea a partir de una idea, no es una construcción intelectual. Para escribirlo es preciso haber vivido el asombro, experimentado esa comunión plena e instantánea con el mundo.

Poseer la voluntad de formarnos, de acercarnos con rigor al género para ser capaces de transmitir, provocar, suscitar en la persona lectora la emoción sentida en ese asombro, describiendo el instante en tres versos de cinco, siete y cinco sílabas, sin más, es el reto al que nos enfrentamos.

Si lo conseguimos, habremos escrito un haiku.

la nube roja
detrás de los álamos
canta el tero⁵

⁵ Haiku de la autora, de *La flor del cactus, Centro de la Cultura Popular Canaria, 2022*